LAGRIMAS VERDES DE LENG

por Carlos Sáiz Cidoncha

autor de «SECUESTRO AEREO», «EL DEMONIO DE LA ANTARTIDA», «PANICO EN EL OBSERVATORIO», «LA CALLE LARGA», «EL HECHIZERO» y «LOS HORRORES DEL CASTILLO MAGSON»

Ciertamente ni yo mismo puedo comprender por qué escribo estas líneas, líneas atroces que, de ser leídas y creídas, no servirán sino quizá para desencadenar una ola de pánico en el seno de esta pobre e ignorante humanidad a la que pertenezco. Ni siquiera podrían tener la utilidad de un aviso, pues la cosa a que se refieren está más allá del poder humano, y la humanidad pudiera muy bien contemplarla como el condenado a muerte mira la guillotina, sabiendo que su fin vendrá de aquel instrumento, pero sin poder hacer nada por evitarlo.

¿Pero acaso sería creído lo que relato? No es probable, pues el género humano pocas veces cree en lo que le espanta. Acaso ni yo mismo me atreva a creerlo, quizá piense al fin y al cabo que se trata tan sólo de las elucubraciones de un anciano maniático, mi tío Archibald, hoy hace un mes desaparecido para siempre. Eso y unos documentos de dudosa autenticidad, unidos a lo que todo el mundo sabe, lo que publicaron todos los periódicos, pero que quizá sea tan sólo una terrible coincidencia. Mas el testimonio de un hombre enloquecido por lo que sufrió alla en la lejana Asia.

En lo que a mí respecta, la historia empezó en la primavera de 1976, cuando sir Archibald Nobescue, tío paterno mío, me dio la sorpresa de llamarme a su lado.

Digo sorpresa porque, como sabe todo el que le conoció, sir Archibald no se distinguía por su sociabilidad. Anticuario y coleccionista de fama mundial, su mundo estaba en sus colecciones, que su inmensa fortuna le permitía buscar y agrandar sin límite. Viajero infatigable por toda la geografía mundial, cuando tornaba al gran caserón que era su morada inglesa, siempre traía consigo nuevos especímenes que almacenar en él.

Me parece verlo todavía, corpulento y fuerte, pese a su edad, que tan sólo se manifestaba en lo plateado de su pelo. Pausado y solemne, contemplándome mientras fumaba en su eterna pipa.

–Hay momentos en la vida, mi querido Roger –me dijo en aquella ocasión– que debemos compartir obligatoriamente con los demás. Y siendo tú la última familia que me resta, te he elegido para compartir las primicias de mi descubrimiento, un descubrimiento que muy bien pudiera crear un hito en la historia de la moderna arqueología.

Expresé convincentemente mi interés. No he de ocultar aquí que precisamente el hecho de ser el último pariente con vida de sir Archibald había alimentado la esperanza de que su cuantiosa fortuna pasara un día a estas mis pecadoras manos. No me convenía, por tanto, echar a perder aquella primera muestra de confianza que mi tío se dignaba dirigirme.

Sir Archibald abandonó un instante la mesa en la que ambos estábamos sentados y regresó con una pequeña argueta de madera negra, visiblemente antigua.
–La compré durante mi último viaje a Italia, a un anticuario veneciano –dijo–. A un buen precio, pues el hombre creía, como yo entonces, que nada había en su interior. Pero más tarde, al examinarla con tranquilidad aquí en casa... ¡mira!
Abrió la arqueta que, en efecto, parecía estar vacía. Pero luego rozó brevemente con la mano el borde superior, y un doble fondo quedó al descubierto. no pude evitar el parpadear brevemente, como quien asiste a un truco de prestidigitación.
–*Voilà* –rió mi tío, al notarlo–. Puedes contemplar ahora lo que yo mismo vi al descubrir por casualidad el resorte oculto. De haber sabido el anticuario lo que este objeto ocultaba, ni por mil veces el precio que le pagué se hubiera separado de él.
Con todo cuidado extrajo de la cavidad descubierta lo que parecía ser un trozo de cristal verde, medio envuelto en un pergamino amarillento muy dañado por el paso de los años.
–¿Sabes lo que es esto? –preguntó sir Archibald, poniendo el cristal verde ante mis ojos.
Ahora sí que parpadeé, y creo que fui sacudido por un brusco respingo. De sobra sabía lo que era aquello que mi tío sostenía frente a mi rostro, pero no me atrevía a manifestarlo.
–Parece... parece.. –logré balbucir.
–¡Es! –rugió triunfalmente mi tío–. ¡No parece, *es* la mayor esmeralda que ojos humanos hayan contemplado! Algo que ningún joyero ha llegado a soñar. Una joya de valor incalculable.
Diciendo esto, dejó caer el maravilloso objeto sobre la mesa, como si lo que acababa de decir careciera de importancia.
–Pero quizá más valioso que la propia joya es el pergamino que la envuelve. Creo que sabes leer italiano, de modo que saca tú mismo las conclusiones.
A duras penas logré separar la vista de la gran piedra verde que centelleaba sobre la mesa para fijarla en el nuevo objeto que mi tío me presentaba. No me resultó fácil leer el texto que en él aparecía, medio borrado por la acción del tiempo y, en todo caso, escrito en un italiano antiguo, posiblemente de la época renacencista. Afortunadamente, no era demasiado extenso.
«Contempla la piedra, si gustas de ello. Mas no pretendas jamás hablarla como lo harías con un hijo de Adán, ni mucho menos adorar al que en su interior mora. Pues el Enemigo se halla presente en todo el orbe, y también aquí puede atender a quien imprudentemente le llame.
Alcé mis ojos hacia los de mi tío, sin comprender. Nada en aquel enigmático mensaje denotaba el valor que sir Archibald parecía otorgarle. Personalmente jamás hubiera pensado en dirigir la palabra a una piedra preciosa, ni mucho menos adorarla, como parecía temer el ignorado firmante.
–Te comprendo, Roger –dijo mi tío–. Tampoco yo otorgué mucha importancia al mensaje, por lo menos al principio. Pero luego reconocí «la letra» como algo que había visto antes, en algún lugar. Sabes que poseo una memoria fotográfica, y que mis conocimientos caligráficos no son desdeñables. Medité y cavilé bastante tiempo, pero al fin lo encontré. ¿Quieres acompañarme?
Le seguí por los largos pasillos del caserón de cuyas paredes colgaban los más diversos adornos, cuadros, fetiches y viejas armas traídos desde todos los rincones de la Tierra. Pero sólo al llegar frente a la puerta de metal de la que tanto había oído hablar comprendí que mi hosco pariente estaba a punto de introducirme en

su «sancta sanctorum», la biblioteca privada donde podían encontrarse, según se decía, volúmenes únicos de incalculable valor.

Abrióse la puerta ya ante mi vista apareció una habitación inmensa, con las paredes cubiertas de estanterías, donde se amontonaban libros de las más diversas apariencias y tamaños, encuadernados de multitud de formas, sin más punto en común que su evidente antigüedad y quizás, a ojos de un bibliófilo, un valor monetario que hubiera colocado a la mayoría fuera del alcance de personas menos acaudaladas que quien ahora me guiaba entre ellos.

Por dos veces las manos de mi tío acariciaron, y digo bien «acariciaron», las estanterías, sacando de ellas primero un libro de tapas amarillentas, visiblemente restaurado, y luego un gran volumen negro, a todas luces mucho más antiguo que el anterior. La visión de este último, sin que pudiera averiguar la causa, me causó un extraño repeluzno interior, como si de él emanara una fuerza maléfica inidentificable, pero no por ello menos real.

Pero mi tío dirigió su atención primeramente al otro, al libro amarillo, que resultó ser un manuscrito en lengua italiana. Púsolo sobre una mesa y encendió un poderoso foco sobre él, de modo que hasta la última línea de lo allí escrito resaltara ante nuestros ojos. No soy un perito, pero creí reconocer rasgos similares al del pergamino hallado en el arca de la esmeralda.

–La misma mano escribió los dos textos –me confirmó sir Archibald–. No hay la menor duda sobre ello.

Cerró el libro amarillo, contemplando pensativo las tapas.

–Este volumen estaría en un museo, a no ser por el hecho de que oficialmente se le ha tenido por apócrifo –dijo–. Se trata de la «Historia de Mi Estancia en Cambalú», comúnmente conocido como «Segundo Libro de Marco Polo».

–¿Marco Polo? –me asombré–. ¿El famoso explorador veneciano que...?

–Qué viajó a China en los tiempos del emperador Kublai Khan, y que por primera vez trajo a Europa noticias fidedignas sobre el Celeste Imperio –terminó mi tío–. Ahora más que nunca tengo la seguridad de que el manuscrito es auténtico, que procede de la pluma del propio viajero veneciano, y de que fue también éste quién escribió la advertencia contenida en la arqueta.

–¿Crees que la gran esmeralda fue traída de China por Marco Polo?

–Dejemos que sea éste mismo quién nos responda –dijo mi tío. Y abrió el libro, buscando una determinada parte del texto. No sin cierto esfuerzo pude leer lo siguiente:

«En el primer día del año, nuevamente el Gran Khan reclamó mi presencia en su palacio, recibiéndome con su acostumbrada magnificencia. Me habló con amor y confianza, como haría un padre con su hijo, preguntándome acerca de los últimos acontecimientos de mi estancia en la capital.

»A continuación, a una señal suya, un esclavo puso ante mí la más maravillosa joya que ojos humanos hayan contemplado en éste o en el otro extremo del mundo. El Gran Khan me indicó que se trataba de un regalo a mi persona, rogándome que lo conservara conmigo y que, cuando regresara a mi patria, lo llevara igualmente hasta allí.

»A mis preguntas, el emperador respondió de forma vaga que la joya estaba de alguna manera relacionada con un bárbaro culto a la fertilidad, cuyos miembros, por sus crímenes y excesos, habían sido exterminados por voluntad del Khan. Díjome que no lejos de Cambalú existían muchas joyas iguales a la que ponía en mis manos, pero que por algún motivo no deseaba extraerlas de donde estaban, ni devolver junto a ellas a la que poseía. Y esa fue la única vez que creí notar en el

rostro del Gran Khan, señor de todos los pueblos del Asia, una expresión parecida al temor».

Sir Arhchibald tras asegurarse que había terminado de leer la parte que le interesaba, hizo correr las hojas, indicándome luego un nuevo párrafo.

«El jefe de la escolta que protegía la caravana era un veterano oficial tártaro de la Guardia del Gran Khan, llamado Ogotai. Observé que todo el costado siniestro de su rostro se hallaba quemado como por una antorcha.

»Impulsado por la curiosidad, cuando habíamos ya trabado amistad, le pregunté por el origen de su herida, tras lo cual me miró con ojos de loco, dando muestras de un gran espanto.

»Finalmente me contó que había formado parte de la expedición de que antes el Gran Khan me hablara, dirigida contra los magos o brujos que adoraban al diablo junto a una montaña situada a una cien leguas a oriente de Cambalú. Siguiendo las órdenes del emperador, allí exterminaron a todos los brujos, sin que ni uno sólo quedara con vida. Me habló también de la joya que, sin él saberlo, yo llevaba conmigo, y que me dijo haber recogido su jefe como regalo para el Gran Khan. Pero luego cayó sobre ellos un gran desastre del que muy pocos se salvaron, y sobre el que nada quiso relatar. Tan solo me dijo, temblando, que había visto al diablo al que los brujos adoraban, y por como lo describía, pensé ser el mismo Satán que Dios arrojó de su Paraíso antes de la creación del mundo.

»Me confirmó también en la idea de que en la montaña que los brujos llamaban Meng-Leng, quedaban aún miles de aquellas joyas, que ellos decían ser las lágrimas del dios de la fertilidad al que adoraban, y que estaba presente en cada una de ellas. Al hablarle yo de si se podría ir a recogerlas, tembló de nuevo como si fuera un criatura en vez de un valiente veterano de la Guardia Imperial, y en lo sucesivo negóse a hablar más sobre el particular».

Mi tío, apenas hube terminado mi lectura, separó el libro amarillo de la mesa sustituyéndolo por el otro, el gran libro arcaico de tapas negras que tan extraña impresión me causara antes. Y no en vano, pues entonces pude reconocer nada menos que el aborrecible «Nocronomicón«, la obra del árabe loco Abdul Alhazred, tantas veces prohibida por iglesias y gobiernos y tantas furtivamente copiada y traducida en las profundidades de antros dedicados a cultos satánicos. Me eché súbita e inconteniblemente hacia atrás, como si mi tío hubiera colocado ante mí una culebra venenosa.

Mi tío debió advertir esta reacción, pero no dijo nada. Se limitó a abrir el libro, con todo el cuidado que pudiera emplear un arqueólogo ante un pairo egipcio recién descubierto en una olvidada tumba.

–Esta es la primera edición griega –explicó–. La de Philetas, que lo tradujo directamente del original árabe en el 950 de nuestra era, cuando el emperador bizantino Constantino Porfirogeneta reinaba en Constantinopla. Es sin duda un ejemplar único, a la vez el más antiguo y el más completo de cuantos existen.

Encontró una página determinada y retiró una hoja de papel apretadamente escrita a mano, que había en el interior del libro.

–He traducido personalmente al inglés la parte que me interesaba, la referente a esa joya que Marco Polo trajo del antiguo Cathai. Puedes leerla.

La letra de mi tío no me resultó al principio más fácilmente legible que el italiano arcaico de Marco el aventurero, pero poco me costó acostumbrarme a ella, y leer la traducción inglesa de una parte del más temido libro de la historia de la literatura humana.

«¡Y Ellos dominaron la Tierra! Y fueron Señores de las Aguas y de los Aires, de

los Reinos Superiores e Inferiores, y del Fuego y de las Profundidades. ¡Iä! ¡Iä! ¡Su mano se extendió hacia las estrellas! ¡Su Mano se extendió hacia las estrellas!

»Como el sol del verano mata las nieves de la montaña, y como el aire veloz dispersa las hojas secas del otoño, así fueron Ellos muertos y así fueron Ellos dispersos por Al Janzah, el Gigante de los Cielos, y por Aquellos Que En Sus Mundos Moran. Su Poder desapareció sobre al Tierra, y Ellos fueron muertos y dispersos, pues habían extendido Su mano hacia las estrellas.

»Mas la nieve vuelve a renacer, y las hojas del otoño retornan a volar en los cielos. Y pasado el tiempo del Gigante Celeste, Ellos regresarán para dominar la Tierra.

»¡Iä! ¡Shubb-Niggurath! ¡Iä! ¡La Cabra Negra de los Bosques de un Millar de Descendientes!

»De Ella procede la humanidad, y los leones del desierto, y los camellos que cruzan sobre las arenas, y los pájaros, los peces y todas las bestias. ¡Iä! ¡Shubb-Niggurath! ¡Ella duerme y llora en el seno de Ngar, la montaña que es centro de la perdida Leng de los hielos! ¡Llora, y cada una de sus lágrimas lleva Su Imagen a los ojos de los hombres! ¡La Cabra Negra de los Bosques! ¡Iä! ¡La Cabra que renacerá cuando los tiempos lleguen, para extender Su Mano de nuevo contra Al Janzah!»

Apreté los labios, una vez acabada aquella incongruente lectura. ¿Acaso había alguna relación con el relato del veneciano? No podía hallar a primera vista ninguna.

–No veo que quiera decir nada –me atreví a manifestar.

– ¿Nada? –casi gritó mi tío–. Recuerda lo que Marco Polo cuenta referente al oficial tártaro. ¡Meng-Leng, es decir «el centro de Leng», la montaña que en sus tiempos fue llamada Ngar! ¡Las lágrimas del dios, cada una de ellas con su propia y aborrecible imagen! ¿Qué más relación puedes desear?

Colocó de nuevo los volúmenes en sus estanterías y me llevó otra vez hacia el salón donde antes habíamos hablado.

–Hubo una civilización perdida antes del comienzo de nuestra historia –dijo mientras volvíamos a recorrer los largos pasillos de su mansión–. Una cultura olvidada, con sus propios dioses, de los que habla el «Necronomicón» y otros muchos libros. Cthulhú, el Dios tentacular de las aguas; Ithacqua, El primera de las glaciaciones. Y su centro, la montaña Diosa de la Fertilidad... y también se menciona a la perdida tierra de Leng, la meseta helada donde esos dioses eran adorados por seres infrahumanos.

Llegados al salón, sir Archibald, me hizo gesto de que me sentara, en tanto que él trasteaba en un armario, del que extrajo una especie de microscopio.

–Ahora estoy seguro –continuó– que la mítica Leng estuvo situada en el Nordeste del continente asiático, abarcando lo páramos manchurianos y todo el Norte de la China propia, en los tiempos de la primera de las glaciaciones. Y su centro, la montaña de Ngar, capital de su civilización y santuario de su principal dios... a cien leguas al Este de la Cambalú de Marco Plo, «Khan Balig», la Ciudad del Khan, entonces como ahora capital de China, hoy conocida con el nombre de Pekín.

Colocó el microscopio sobre la mesa, y de nuevo extrajo la maravillosa esmeralda de la arqueta.

–Pero eso no quiere decir nada –me atreví a insistir–. Son tan sólo leyendas sin fundamento. ¡No existe ni la más mínima prueba...!

Pensé que se iba a enfurecer, pero no lo hizo. Por el contrario lanzó una risita mientras clocaba cuidadosamente la esmeralda en el objetivo del microscopio y

encendía un pequeño foco lateral para iluminarla.
–¿Pruebas? ¡Mira por este microscopio y las descubrirás!
Obedecí. Mi mirada pareció sumergirse en un océano verde y luminoso, al hundirse en el seno de la prodigiosa joya. Y allí, como aprisionado por el mágico cristal...
Grité y me aparté bruscamente, casi cayendo al suelo, incapaz de sostener la vista sobre aquello que anidaba en el interior de la esmeralda. Pues había posado los ojos en algo realmente espantoso, un ser blasfemo, una monstruosidad estaba semejante a una cabra deforme... el más puro horror que imagen material alguna pudiera contener.
–¡Allí la tienes! –gritó mi tío, triunfante–. ¡Shubb-Niggurath! Las lágrimas de la diosa, cada una de ellas con su imagen grabada, para espanto de los hombres.
Me volví hacia mi tío, intentado dominar el temblor que sacudía mi mandíbula.
–Pero... pero ¿cómo? –balbuceé–. ¿Cómo es posible?
¡No es posible! –rugió sir Archibald–. Ese trabajo efectuado en el interior de una esmeralda no está al alcance de nuestra técnica. Quizá con un modelo perfeccionado de láser sería posible lograr algo parecido. Pero recuerda... esa esmeralda fue traída a Europa hace seis siglos, y nadie puede saber «cuántos miles de años» antes de eso permaneció reposando en el corazón de Ngar.
Con un gesto me indicó de nuevo el microscopio.
–¡Mírala de nuevo! –invitó–. Contempla el producto de una arte y de una ciencia incomprensibles para nosotros, el fruto de una civilización que reinó en nuestro planeta antes que el Hombre adquiriera el don de la inteligencia.
Instintivamente me eché hacia atrás. Nada ni nadie podría obligarme a poner de nuevo la vista en aquella abominación que descansaba en el objetivo del microscopio. Mi tío notó el gesto y rió con ironía.
–Shubb-Niggurath –dijo, y su voz sonó como una plegaria–. No es propiamente una cabra, ni tampoco la imagen que se tiene del diablo, pero se parece más a la primera. El dios, o la diosa (pues está desprovisto de sexo, pese a ser símbolo de la fertilidad) combatió en el alba de los tiempos junto con sus hermanos Primordiales... en contra de los Dioses Arquetípicos, que moran en la constelación de Orión. Fueron vencidos y dispersos, y de la derrota de Shubb-Niggurath nació, deformado, el viejo Mito de la Caída. De allí surgió la imagen del Diablo, el Ángel Caído, el dios cornudo de los bosques... un Shubb-Niggurath humanizado, aunque también solía representarse, más fielmente, bajo la forma del Macho Cabrío.
Me estremecía cuando mi tío aplicó el ojo al ocular del microscopio.
–Esa es la leyenda –afirmó, como hablando para sí mismo–. Pero el mito oculta la realidad, y la realidad son los restos de una civilización insospechada, allá en el interior de Ngar... algo que el hombre moderno no ha podido ni soñar...
Súbitamente separó la vista del microscopio para fijarla en mí y por un instante pude llegar a pensar que la monstruosa imagen de la joya había anidado en sus ojos, tan extraña fue la mirada que me dirigió.
–¿Quieres venir conmigo, Roger? –preguntó de sopetón–. ¿Quieres acompañarme a Ngar, para descifrar los misterios de esa vieja civilización?
Pienso que, de no haber visto el interior de la esmeralda, mi respuesta hubiera sido afirmativa. Y aún entonces dudé algunos instantes. Pero fui finalmente cobarde y me negué, bulbuciendo unas excusas. Pues en mi mente se hallaba presente la horrible imagen de lo que mi tío llamaba Shubb-Niggurath, y pensé que aquella montaña prohibida, además de los secretos de una antigua civilización, quizá contuviera algo más. No me gustaban en absoluto las referencias de aquel

oficial del Khan acerca del desastre que se abatió sobre sus tropas ni sobre el hecho de «haber visto al diablo al que los brujos adoraban».

Fui cobarde, y con ello me salvé de la muerte o quizá de algo infinitamente peor.

*** * ***

En los meses que siguieron, vuelto a mis obligaciones en Londres, apenas si tuve noticias de mi tío. Supe, de forma fragmentaria, que habíase puesto en contacto con ciertos elementos del exilio chino residentes en Inglaterra, manteniendo una breve correspondencia con otros radicados en Singapur y Hong-Kong, mientras preparaba paralelamente la lista de visados y permisos necesarios para viajar a la República Popular China. Y finalmente, iniciado el verano, me llegó la noticia de su marcha, junto con el ruego de hacerme temporariamente responsable de sus asuntos y depositario de sus bienes.

Como exponenete de la actividad posterior de sir Archibald, poseo las dos cartas que me llegaron desde el antiguo Imperio Celeste.. La segunda de ellas, desde luego, es posterior al horror con el que todo terminó, y me fue traída por el espantado francés al que luego me referiré, pero para mayor comprensión del relato mencionaré su contenido antes de narrar los acontecimientos que con anterioridad a su llegada sucedieron.

La primera misiva debió ser escrita en Pekín, inmediatamente después de la llegada de sir Archibald a la vieja capital. Tras narrar algunas anécdotas sin interés relacionadas con el viaje, pasaba a asuntos de mayor importancia.

»Si lo que me escribió Mr. Peng, de Hong-Kong, es cierto, mi labor quedará grandemente facilitada. Se refirió a un templo adosado a la montaña, abandonado debido a ciertos sucesos ocurridos en los últimos años de la dinastía Ching. Un familiar del propio señor Peng edificó su vivienda sobre las ruinas, tras tapiar ciertos orificios existentes en el sótano, y la familia se ha mantenido allí, habitando la casa, cuya posesión les fue reconocida por la revolución maoísta. Poseo varias cartas de recomendación y espero que la familiar Peng no tenga inconveniente en dejarme excavar en el sótano. De otra forma el trabajo que me espera será ciertamente mucho más complicado...»

La segunda carta, llegada como digo después del desastre, estaba fechada en la ciudad de Tangshan, y en ella mi tío se mostraba jubiloso.

«Mi querido Roger:

Apenas puedo dominar la impaciencia que me consume. Hoy he visto la montaña de Ngar por primera vez y pienso que su aspecto no sería demasiado impresionante para quien no conociera lo que yo sé. Se ha edificado a sus alrededores, y hoy es el centro de un importante núcleo de población. En su cima alguien ha construido un pequeño quiosco rojo en forma de pagoda, y por sus laderas ascienden escaleras de piedra por donde suben y bajan constantemente numerosas personas. Sin poderlo remediar he pensado en la imagen de un dragón dormido en torno al cual juegan los chiquillos sin conocer su naturaleza ni temer su posible despertar.

»He hablado con el patriarca de la familia Peng, y ha accedido con facilidad a mis propósitos, máxime habiéndole enseñado las cartas de su pariente exiliado y la requisitoria gubernamental pidiendo par mí toda la ayuda posible.

»Está de paso por la ciudad un pequeño grupo de franceses, en su mayoría miembros de la Sociedad de Amistad Franco-China. Entre ellos he tenido la

alegría de reconocer a mi viejo amigo M., interesado como yo en asuntos de arqueología. Le he hablado por encima de mis propósitos y creo que puedo contar con alguna ayuda por su parte, si bien me he guardado bien de mencionar la verdadera esencia de mis trabajos. Creo que esta misma tarde podremos comenzar.

»Puede que esta carta te llegue no por correo normal sino en manos del amigo antes mencionado, que viajará a Londres vía París dentro de unos días. Tengo cierto temor a una posible censura gubernamental, pues ya sabes que el gobierno chino impide la salida de antigüedades de más de ochenta años, y lo que yo busco es evidentemente muy anterior a todo eso...».

Pero ya he dicho que el horror se desencadenó antes de que tal misiva llegara a mis manos.

Recuerdo perfectamente que el golpe me alcanzó en la tarde del 27 de julio, mientras charlaba despreocupadamente con algunos amigos en mi habitual club londinense. Luego me dijeron que de improviso palidecí mortalmente y caí al suelo sin conocimiento, pero personalmente no recuerdo nada de eso. Simplemente, para mí la escena cambió en un instante, borrándose de golpe el interior del club y las personas que me rodeaban para ser sustituidas por un escenario muy diferente.

Me encontré corriendo desesperadamente por unas negras galerías, apenas alumbradas por una linterna que yo mismo empuñaba. Y pronto me di cuenta que el movimiento de mis piernas era ajeno a mi voluntad, así como el dominio de cualquier elemento de mi nuevo cuerpo, limitándome a contemplar por sus ojos, como inactivo espectador, lo que en torno al mismo sucedía.

Tenía, eso sí, la nebulosa conciencia de un terror inimaginable, de un espanto tal como nunca había soñado que pudiera existir. En un relámpago de comprensión supe que el cuerpo en que corría no era otro que el de mi tío, sir Archibald Nobescue, a la sazón en el otro extremo del mundo. Un sir Archibald desconocido, aterrorizado hasta la locura por algo que felizmente se hallaba fuera del alcance de mi conocimiento.

Contemplé pasar, como en una pesadilla, las pulidas paredes de aquellas catacumbas, cubiertas de mosaicos grabados inconcebiblemente antiguos, reproduciendo escenas de locura, paisajes de otros tiempos poblados de formas horrendas de las que apenas podía tener, por fortuna para mi mente, algo más que un momentáneo atisbo. Y de pronto oí los ruidos, por encima de los pasos atropellados de sir Archibald, y del extraño gañido que brotaba de su garganta que ahora era también la mía.

Algo nos perseguía en la oscuridad. Pude oír allá en las misteriosas profundidades que quedaban a nuestra espalda un rumor creciente, nada identificable con pasos humanos, pero que parecía corresponder a cierto tipo de persecución. Muy lejano, oíase también un nebuloso coro de sonidos chillones como de flautas o gaitas, mezclado con el trueno de unos distantes tambores. Y de pronto la galería entera comenzó a vibrar.

No pude identificar el sonido que me llegó entonces, pero sí darme cuenta de que nada tenía en común con los escuchados anteriormente. Era un bramido de bajos tonos, pero cuya potencia hacía retemblar los subterráneos. Pensé en el hálito de algo gigantesco que despertaba, y por un instante compartí el loco espanto de mi tío. Y éste notó también el formidable clamor, y tuve la devastadora impresión de que *él sí que conocía el origen del mismo*. Pues lanzó un alarido, un grito que no parecía producido por garganta humana, y pretendió redoblar la velocidad de su

huida. Pero en el mismo instante todo pareció estallar en torno al cuerpo que ambos compartíamos. La negra galería se retorció como un ser vivo, un insoportable trueno estalló todo a lo largo de ella y la lámpara que alumbraba el camino se rompió contra el suelo, apagando definitivamente su luz.

Percibí una explosiva sensación de terror supremo, de fugaz comprensión total, algo que una mente cuerda estaba muy lejos de poder soportar. Pero por fortuna todo fue instantáneo, pues de pronto me encontré en mi propio cuerpo, contemplando los ansiosos rostros de mis amigos, que me habían colocado en un butacón. La experiencia apenas había durado unos minutos.

Nada quise decir acerca de ella, deseando que hubiera sido tan solo un desmayo, una pesadilla ajena a toda realidad. Más pronto supe que no había sido así, y que mi mente no había sido la única afectada por el acontecimiento. A la misma hora de mi desmayo, correspondiente a la madrugada del 28 en el lugar donde se encontraba mi tío, diversos sucesos ocurrieron en Inglaterra, y también en el resto del mundo. Un famoso médium enloqueció en medio de una sesión de espiritismo, aullando palabras en lenguaje desconocido. Hubo pesadillas, ataques histéricos, visiones... Todos los sismógrafos del mundo saltaron bruscamente, indicando que un espantoso cataclismo habíase producido en algún lugar del Asia Oriental. Miles de seres humanos habían compartido la muerte y le destrucción con quien verdaderamente había sido culpable involuntario de su desencadenamiento.

Y luego fue la carta que antes mencioné, y el balbuceo horrorizado del viajero francés que me la trajo, y que no había podido borrar de su mente los horrores presenciados.

Hablaba aquel infortunado de mi tío, de cómo había ido junto con él hasta la casa de los Peng, de cómo habían logrado abrir de nuevo los viejos pasadizos que debían conducir al interior de la montaña, y del hálito de amenaza que parecía surgir de los orificios nuevamente descubiertos. De cómo sir Archibald penetró solo en las profundidades de la tierra, tras rechazar su no muy insistente oferta de acompañarle. De cómo esperó hasta bien entrada la madrugada, hora en la que decidió regresar al hotel en busca de algún auxilio. Y como antes de llegar allí, mientras caminaba por las semidesiertas calles, el espanto comenzó.

Al llegar a este punto las frases de mi interlocutor se hacían casi incoherentes, siendo difícil adivinar lo que dentro de su relato se refería a experiencias reales y lo que debía tenerse como visiones o extravíos de su mente alterada por la magnitud de la gran catástrofe. En vano le ofrecí mi hospitalidad, ya que prefirió regresar a su país inmediatamente, manifestando que su viaje a Londres debíase tan solo a la promesa que había hecho a a sir Archibald en el sentido de entregarme la carta, así como la obligación moral en que se creía de dar cuenta de la desaparición de su amigo.

Y así he permanecido a partir de entonces, dueño por herencia de la apreciable fortuna de mi desaparecido pariente, rico e independiente al fin, pero también inquieto, con la mente periódicamente asaltada por las oleadas del espanto y de la duda. He conservado la gran esmeralda, aunque nunca he podido decidirme a contemplar de nuevo el horror en ella encerrado.

También conservo las dos cartas de mi tío, junto con numerosos recortes de periódicos relativos a la gran catástrofe china, y que he leído y releído infinidad de veces, buscando un indicio que nunca logró hallar.

Una catástrofe como pocas veces ha caído sobre las cabezas de los humanos, la ciega venganza de la naturaleza contra la costra civilizada artificialmente sobrepuesta a la Tierra primigenia. ¿Ciega quizá? No puedo menos de dar vueltas en mi cabeza a los datos que se dieron a conocer sobre lo sucedido. Un terremoto que no fue anticipado por la red de predicción de la Chaina Popular, la mejor del mundo en su clase. Un terremoto sobre el que pronto se hizo el silencio, rechazándose toda oferta de auxilio exterior, incomunicándose toda la zona y censurándose las noticias procedentes de la misma.

¿Por qué? Tal vez porque el orgulloso pueblo chino quiso encajar el golpe como sólo los gigantes pueden hacerlo, solitario y confiado en sus solas fuerzas. O tal vez...

O tal vez por que el mundo moderno no podría resistir el impacto de la verdad, la revelación de lo ocurrido en torno a la antigua Ngar que en tiempos dominara las extensiones heladas de Leng. El último horror que el viajero francés creyó vislumbrar en la noche cataclísmica de muerte y destrucción. *«Aquella monstruosa forma astada que se recortó fugazmente sobe el cielo cuando la montaña prohibida se abrió y la destrucción descendió irresistible sobre la infortunada ciudad de Tangshan y las gentes que la poblaban».*